

Los Dos Mundos

REVISTA DE CIENCIAS, ADMINISTRACION, BELLAS ARTES Y POLÍTICA

SE PUBLICA LOS DIAS 8, 18 Y 28 DE CADA MES

Año III

Madrid 8 de Febrero de 1885

Núm. 76

REDACCION Y ADMINISTRACION: RUIZ, 18

SUMARIO

Impresiones, por Nadie.—*Terremotos y volcanes*, por Manuel Llorente V.—*Quejas*, por R. Vega Armentero.—*Revista extranjera*, por Antonio Balbin de Unquera.—*A Lucia*, por M. Marin Garcia.—*Bibliografía*, por R. V. A.—*Miscelánea*.—*Anuncios*.

IMPRESIONES

En verdad, en verdad, que infunden pavor al ánimo mejor templado las recibidas en la decena pasada.

En media España, los rios aumentan su caudal con las aguas llovedizas y, rebasando el nivel ordinario, amenazan arrasar viviendas y cosechas. Aquí una sierra desaparece poco á poco, ni más ni menos que si estuviera pintada en el telon de fondo de un teatro y por exigencia del argumento de la obra fuera hundiéndose en las oscuridades del foso, ó subiese para ocultarse en la intrincada red de la maquinaria. Allí se abre profundísima grieta en la vieja corteza terrestre, como gotera en vetusto edificio. Acullá un aerolito, sumergido en el fondo de tranquila laguna, hace pensar á los pacíficos moradores de la comarca si las estrellas tuvieron el capricho de darse un baño. Por fin, la hermosa Andalucía, coloso herido que se revuelca en su propia sangre, sigue conmoviéndose, despertando do quiera el santo espíritu de la caridad. Y desde el modesto obrero hasta el Grande de España; desde Berlin, en donde se representa *El Alcalde de Zalamea*, hasta Cazalla, en donde un niño de la escuela vende por diez céntimos el haz de leña que recogió en un monte vecino, todos á porfía allegan socorros para esta grande obra humanitaria. El Rey en persona enjuga las lágrimas de los desdichados y vacía su bolsa entre las ruinas de Málaga y Granada; la prensa, nunca en disidencia cuando se trata de difundir sublimes ideales, suelta todos los registros de sus órganos y los llena con el poderoso aliento del más grande entusiasmo.

Ahora bien, nosotros, con el doble carácter de víctimas y donantes, hemos bendecido el desinterés y la actividad particular; pero desde el principio vimos con profunda pena que la ninguna unidad que informa el repartimiento de tales recursos, el prurito de otorgarlos, con poco conocimiento de causa, más bien á las personas que á la colectividad perjudicada, bien puede esterilizar muchos sacrificios, alimentando la holganza, enfermedad endémica en aquellos países, y conservar latentes tamañas calamidades, cuyos efectos podrian tal vez remediarse

casi por completo. Sólo el Estado, haciéndose un poco socialista en las circunstancias presentes, debe evitar que esos rios de oro se filtren por la arena. Nada de limosnas en metalico: al que tiene hambre y no puede trabajar, darle su alimento diario, ni más ni menos que aquí lo realizan las señoras con las raciones repartidas en el Corazon de Jesús. Al que perdió su albergue, proporcionarle otro provisional, todo lo higiénico y cómodo que se pueda, mientras que se le construye el definitivo, sujeto á un plan general que puede hacer en otras provincias una llamada hacia Andalucía de respetable número de obreros hoy sin ocupacion. A todos los individuos útiles, perjudicados en los terremotos, que no tengan otra hacienda que su trabajo, facilitarles herramientas y empleo en la construccion de la casa del vecino pobre ó en la labor de la tierra del propietario. Y para la más apropiada realizacion de estos fines prácticos nombrar comisiones formadas de personas inteligentes y de arraigo, extrañas á la política y al presupuesto.

Todo lo demás vale tanto, de tanto servirá como la mezquina limosna que damos al pasar al mendigo de oficio, sin tomarnos el trabajo de mirarle á la cara.

Como en los Cuerpos Colegisladores no hay asuntos que tratar de verdadera importancia para el país, y ya se discutió capítulo por capítulo el nuevo organismo electoral, base y fundamento de nuestro sistema de gobierno; como la ley de administracion de las provincias dejó de ser *proyecto*, y puede aplicarse cuando se quiera, así como los nuevos Códigos civil y penal; como á España le importan un pepino las cuestiones de Africa y del Pacífico, nada más natural y divertido que se pasen las semanas en aquellos comodísimos palacios cuestionando sobre el motin de los estudiantes.

En tan malhadada contienda, por una y otra parte no hubo patriotismo ni en los chistes.

—Su señoría gasta una oratoria parecida á la literatura de Ponson du Terrail.

—Pues la que derrocha su señoría se asemeja mucho á las producciones literarias de Zola.

¡Por Dios, Sres. Diputados! Teniendo por acá al Vizconde de San Javier y á Lopez Bago, ¿no hubiese sido más español popularizarlos en el templo de las leyes que echar mano de otros autores traspirenaicos?

En fin, siga su curso la discusion, conmoviéndose Andalucía y pagando el contribuyente y el jornalero las humoradas de los padrastrós de la patria.

¡Oh qué gran país!

Vamos, basta de tristezas; hay males que no tienen remedio.

¡A vivir!

Parece ser que los Duques de Fernan-Nuñez tienen decidido obsequiar á sus amigos con un baile que aquellos señores denominan de *desagravios* en su proverbial galantería, refiriéndose al concierto á beneficio de las calamidades andaluzas.

Bien puede decirse que esto es dar miel sobre hojuelas.

Otra porcion de fiestas semejantes se anuncian en los salones de nuestra primera aristocracia. Puede que se abran los de un suntuoso palacio de todos conocido, pero hasta aquí visitado solamente por los íntimos.

Sé de varios dramas, hoy en el período de incubacion; de dos zarzuelas que prometen aplausos y dinero; de una corrida de toretes bajo el patrocinio de ilustres damas, con el concurso de flamantes diestros, nuevos en esta plaza. De todo ello se habla por lo bajo, sin citar fechas ni nombres. Ahora preocupan en primer término los de altos empleados políticos, que se barajan para una gran combinacion, no llevada á efecto por no haberse dulcificado aún ciertas asperezas.

En cuanto á los sucesos teatrales de la decena, y más particularmente refiriéndonos al *Príncipe de Viana* (infeliz hasta en su resurreccion artística), de más hacemos con no citarlos entre las plagas y desdichas que llueven sobre el país.

Paz á los muertos, y no fiarse aunque el Príncipe esté en *pié*.

El último acontecimiento literario, dentro del período que nos ocupa, fué, á no dudar, la publicacion de *La Regenta*, último volumen repartido por la Biblioteca de Artes y Letras de Barcelona. «No es posible juzgar la obra con solo una audicion,» dicen los que reseñan el efecto que les produjo la ópera ó zarzuela acabada de estrenar. Esto repito yo tambien despues de haber leído á ratos y con algun cansancio la novela de D. Leopoldo Alas, en la que quisiera ocuparme casi tanto tiempo como empleé en su lectura. Tambien á la justicia la prenden, como he de probar más adelante con hechos prácticos y recientísimos. Digo esto porque esperaban los aficionados al arte algo más de la pluma del señor Alas habiendo leído aquellas preciosas críticas que del género y de los cultivadores hizo há tiempo en el periódico de la Biblioteca que publicó *La Regenta*. Declaraba en tales trabajos que en las producciones

de D. Pedro Antonio Alarcon no habia nunca asunto, y él escribe más de quinientas páginas en las que no se trasluce tampoco el suyo, tan bien elegido quizá que más le valiera haber comenzado por la segunda parte y que la publicada sirviera así como de corolario. Como forma le merecia censura Don Juan Valera, y *La Regenta*, prescindiendo de los galicismos en que abunda, está escrita en tan alambicados conceptos, que hay que preguntar al autor muchas veces qué se propuso decir con lo de *espadaclín lírico ó materialista en octavo francés y á lo commi voyageur*.

Los personajes son miniaturas; de alguno se refiere la historia desde la cuna. Vistos los más de cuerpo entero, si la obra no fuera de pura invencion y escrita, á lo que parece, con gran parsimonia, podrian creerse paisanos del autor sacados en caricatura á la pública vergüenza. Y poco más puede decirse de *La Regenta*, porque hasta ahora sólo van presentados en formacion los actores, siquiera se adivine el papel que podrán representar.

Aguardemos, pues.

Decididamente parece que asistimos en la decena al fin del mundo. Cójense si no los periódicos. Altura á que estamos de religion: no sé en qué pueblo un desdichado se suicida bajo el púlpito de la parroquia. En el orden legal sale procesado un juez de primera instancia, tampoco recuerdo de qué ciudad. Y en Jauja, ahora bendigo mi memoria, un jefe del ejército abofetea á su General delante del cuerpo de guardia.

Apaga y vámonos.

NADIE.

TERREMOTOS Y VOLCANES

III

Terminó mi artículo anterior con la muerte del fundador de la ciudad de Guatemala, cuyas ruinas se llaman hoy «Ciudad Vieja,» y voy á continuar aquella interrumpida historia.

Cumplidos fueron con esmero los deseos del Adelantado, y luégo que se tuvo en Guatemala noticia de su muerte vistieron las familias de luto, doblaron lúgubremente las campanas, y se elevaron al cielo preces durante muchos dias por el descanso de su alma.

El sentimiento fué universal, pues era Don Pedro hombre muy estimado, á pesar de los defectos inherentes á aquella época y aquellos hombres.

El palacio del Adelantado fué todo enlutado, interior y exteriormente, levantándose entre los demás edificios como un inmenso féretro en que se encerraba la memoria de D. Pedro.

Pasados los términos de estas postreras demostraciones, asumió la valerosa y enérgica viuda del Adelantado el Gobierno del reino, no sin tener que luchar con poderosas ambiciones rivales.

La «sin ventura Doña Beatriz,» como firmó la aceptacion del Gobierno en 9 Setiembre de 1541, entregó la vara, símbolo de su autoridad, á D. Francisco de la Cueva, al que nombró su Teniente.

Sin ventura fué por cierto, pues acababa de perder á su marido, de triunfar enérgicamente bastardas aspiraciones, y ya empieza á rugir en el espacio el monstruo que ha de acabar con la ciudad, con el Gobierno y con los gobernados.

Los acontecimientos que acabo de describir se desarrollaron el viernes 9 de Setiembre. El domingo 11 todo debia terminar, y aquella ciudad, demostracion poderosa del genio español, debia sucumbir en medio de la confusion y del dolor más aflictivo.

Habiase fundado la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala en un pintoresco

valle rodeado de no muy altos montes, por los que se despeña el agua más cristalina y trasparente que yo he visto jamás.

El palacio del Adelantado y Gobierno se levantaba en la falda del volcan (llamado de agua desde la noche del cataclismo), y despues se distinguian notabilísimas iglesias, entre las que descollaban la catedral, palacio arzobispal, consistorio, cuarteles, casas nobiliarias y otras de ménos importancia.

En los patios de las casas y en los jardines de los palacios bullia en artísticas fuentes y pilones el claro y trasparente líquido que venia aprisionado á la ciudad desde las montañas próximas, y se perfumaba la atmósfera con el balsámico aroma de sus flores.

En las hornacinas de las fachadas de sus templos se ostentaban numerosas estatuas de bienaventurados.

Por sus arterias, que eran sus calles, circulaban sus 35 ó 40.000 pobladores, que eran su vida, y su templado clima era uno de sus más poderosos atractivos.

El dia 8 de Setiembre comenzó uno de esos inmensos aguaceros tan frecuentes en América, y continuó sin reposo el 9 y el 10.

La bóveda celeste iba tomando cada vez tintes más sombríos, y el trueno retumbaba con fragor en el espacio. Los animales domésticos manifestaban una inquietud extraña, y la tempestad arreciaba con gran alarma de los moradores de la ciudad.

Llegó, por fin, el último dia de Guatemala: el funesto y terrorífico domingo del 11 de Setiembre de 1541.

A la sombría claridad del dia reemplazó el rápido crepúsculo vespertino y la densa oscuridad de la noche.

En los palacios como en los ranchos se unian las familias en sus hogares para implorar al Dios de la misericordia á fin de que cesase aquel obstinado aguacero y aquella implacable tormenta que les tenía atribulados, y que azotaba incesantemente sus casas desde hacia setenta y dos horas, sacudiéndolas con satánica rabia.

La oracion era ferviente y consolaba aquellas almas sencillas que se albergaban en aquellos cuerpos esforzados, y no se oia más ruido que el de la furiosa tempestad en el paroxismo de su delirio.

Eran las ocho de la noche cuando de repente se oye un sordo rugido que sale del fondo de la tierra. La poblacion sorprendida adivina sus peligros, pero no comprende en medio de su estupor lo que ocurre.

Pasan algunos pocos y angustiosos momentos y el rugido se reproduce con una intensidad centuplicada. Las fuerzas encerradas ó contenidas en el centro de la tierra, agitan y sacuden el suelo; todas las fuerzas de la creacion se sublevan contra la ciudad fundada por Alvarado, que se desploma sobre sus habitantes, muchos de los cuales reciben la muerte de rodillas y orando. El pánico se apodera de todos con una potencia eléctrica, y la naturaleza se identifica en una terrible melodía con el cuadro que se desarrolla entre el cielo y los abismos.

En medio de las tinieblas, de los rugidos de la tempestad y de aquellas descargas de cien parques de artillería que salen de la region de las nubes y del fondo de la tierra, se ve correr por la ciudad á los más animosos armados de una lanza, una espada ó un arcabuz con direccion al palacio de la Gobernadora.

Un segundo azote se adelanta, devorando el espacio con rapidez vertiginosa, á aumentar si es posible el horror de esta escena.

Las bestias salvajes, locas de terror y arrojadas de sus madrigueras ó de sus cuevas, corren

desenfrenadamente y se mezclan las razas más irreconciliables.

Los gritos de los hombres, las plegarias de las mujeres y los ayes de los heridos y moribundos se mezclan al relincho estridente de los caballos, al prolongado aullido de los perros, al espantado mugido de los bueyes y al melancólico balido de los corderos.

Del ancho cráter del volcan que se alza 13.300 piés sobre el nivel del mar sale, como empujada por poderosa máquina, una enorme masa de agua que se reproduce incesantemente y se precipita con rapidez asombrosa sobre la ciudad, arrastrando en su curso inmensos peñascos y arrancando de cuajo cuantos árboles encuentra en su paso.

El ruido siniestro de esta inmensa catarata, mil veces más elevada que el Niágara, que forma tres anchos y espumosos torrentes, aterra por lo inesperado y desconocido á los que sobreviven á los primeros sacudimientos del terremoto.

En escasísimos momentos se acerca aquel nuevo peligro que no se ve, y que por lo mismo asalta más fuertemente el espíritu.

El volcan de fuego que se alza sobre el mar 12.800 piés, y que está muy próximo al de agua, corona su cráter de fuegos plutónicos, y alumbraba como antorcha funeraria la destruccion de Guatemala.

A su siniestro resplandor vieron los de la ciudad avanzar vertiginosamente aquel ancho rio, rodando sobre una áspera pendiente que semejava en su salvaje grandeza un Océano azotado por la tempestad.

Todas las cóleras de los elementos se habian mezclado para revelarse en su majestuoso y terrible esplendor, y el genio, la fuerza y el heroismo eran impotentes para afrontar aquel peligro.

El gigante de los bosques que crece en la falda de la montaña y los enormes peñascos que lo forman, son débil barrera para aquel furioso mar que se abalanza con todos estos despojos y salta sobre todos los obstáculos con un ruido sordo y prolongado como el trueno; más furioso aún, por lo mismo que ha sido detenido un instante.

Montes de arena que vomita el cráter son arrastrados tambien entre las aguas; y el faro lúgubre en actividad sigue alumbrando aquel espectáculo de horrores.

La primera barrera que atacan en la falda del monte las espumosas ondas, los montes de arena y de pinos y los inmensos peñascos que arrastra, es el palacio del Adelantado.

Por sus anchas galerías corren atribulados los maestresalas y pajes; en las entradas están como petrificados los valientes arcabuceros de Castilla; en la sala de armas, con estoico continente, los caballeros, y en el oratorio, rodeada de sus damas y con serena resignacion, Doña Beatriz.

La inundacion fué violenta, y la destruccion ó anegamiento del palacio fué obra de algunos minutos.

Algunas damas crisparon sus manos en las rejas y mostraron sus rostros trastornados para pedir socorro.

Algunos hombres saltaban entre las ruinas pretendiendo instintivamente sustraerse al peligro.

¡Vano intento! Las oscilaciones de la tierra y la inundacion no perdonaban á nadie.

En el oratorio del palacio murió Doña Beatriz, Gobernadora del reino de Guatemala, y con ella muchas damas españolas, y sepultados entre las ruinas ó ahogados muchos caballeros de esclarecido linaje.

La Gobernadora abrazaba un crucifijo y las

damas oraban cuando se desplomó gran parte del techo sobre ellas. En los bajos del palacio se hallaba todo inundado, y el silencio de la muerte reinaba en todas partes. Algunas horas después todas las frenéticas cóleras se calmaron. La tempestad cesó, y las aguas se detuvieron en el cráter del volcán; los sacudimientos de la tierra no se reprodujeron, como si aquella legión de monstruos hubiera ya saciado su voraz apetito, y el crepúsculo del siguiente día alumbró una ciudad arruinada y 700 cadáveres flotando sobre las ondas ó enterrados entre los escombros.

Así fué el último día de Guatemala...

Aún existen algunos restos del palacio del Adelantado. Por un boqueron del suelo se ven las galerías á unos 20 piés de profundidad: como á 50 pasos de este boqueron hay algunos muros cuarteados, restos del oratorio de Doña Beatriz: un poco más léjos se levanta aún una iglesia, cuyos claustros suntuosos se adivinan en sus grandiosos restos: en el patio hay una espléndida fuente en medio de una vasta pila, que revela el buen gusto de los antiguos fundadores. Delante de dicha iglesia, cuya fachada conserva aún una docena de estatuas salvadas del naufragio, hay un gran árbol, debajo del cual es tradición que se dijo la primera misa.

Lo que en otro tiempo fueron calles concurridas y casas nobiliarias son hoy cercos de propiedades sembradas ó terrenos incultos.

El pié se hunde entre aquellas movedizas arenas, que atestiguan aún la catástrofe de 1541, y la vista asombrada percibe aún claramente, á pesar de los trescientos cuarenta y cuatro años trascurridos, los profundos y anchos barrancos marcados desde el cráter de la montaña hasta su falda.

Aquí puedo repetir con Volney ante Palmira: «¡Salve, ruinas solitarias, sepulcros sacrosantos, muros silenciosos! ¡Cuántas reflexiones patéticas ó fuertes no ofreéis al espíritu que os sabe consultar!...»

Los españoles abandonaron aquellas ruinas y fundaron otra ciudad (que hoy se llama La Antigua, como la anterior se llama La Vieja) á una legua de aquélla y aún en la falda del volcán. Su población llegó á 35.000 habitantes.

De su grandeza pasada es demostración elocuente el esplendor de sus ruinas.

Las armas de España se ostentan aún en palacios y basílicas medio arruinadas, y arranques de atrevidas arcadas, altas cúpulas aún en pié, y robustos muros, aunque agrietados, al par que elegantes columnas rotas, revelan el empuje, el lujo y la piedad de los conquistadores.

Un terremoto ocurrido en 1773 convirtió en ruinas la segunda Guatemala, fundada por los españoles, y en cuya catedral reposaban los restos de Alvarado y de Doña Beatriz.

La tercera Guatemala, que es la actual, fué fundada por el teson incontrastable de España en 1774.

Es una bonita ciudad de casas bajas, para neutralizar el efecto de los terremotos, con elegantes templos, anchas calles, cómodas habitaciones, larguísimo y notable acueducto, vasto hipódromo, elegante teatro y suntuosos centros de educación.

Como no es mi propósito escribir hoy sobre la actual capital de la República, no me puedo ocupar de sus institutos de educación ni de sus adelantos industriales, que son relativamente notables. Otro día lo haré.

Lo que no puedo menos de hacer constar es que gran parte de cuanto hay grande y útil en América ha sido realizado por el genio español.

Del mismo modo que en el viejo mundo dejó el pueblo de Roma escrita por todas partes su grandeza en monumentos, calzadas, acueductos

y leyes, así los españoles, que son los romanos de América, han dejado tradiciones robustas de su brillante historia en legislación, en páginas de piedra ó en dramas llenos de heroísmo...

En mi excursión á «La Antigua» y á «Ciudad Vieja» estuve acompañado de dos personas cuyos nombres quisiera mencionar; pero como al citarlos tendría necesidad de citar á dos ingratos (que por serlo, lo han sido hasta con su patria nativa), prefiero volver la cabeza á otra parte, repitiendo dos tercetos de los que el divino poeta pone en boca de Virgilio en el tercer canto de su visita al infierno:

«Questi non hanno speranza di morte
e la lor cieca vita è tanto bassa
che invidiosi son d'ogni oltra sorte.
Fama di loro il mondo esser non lassa
misericordia e giustizia gli sdegnà,
non ragioniam di lor, ma guarda, e passa.»

Olvido, pues, á los dos... desdichados y al-
gun otro que vale tan poco como ellos, y envío
con gusto mis cariñosos sentimientos á la ciudad
en que he vivido un año entero, y en la que con-
servo aún muchos afectos gratos para mi co-
razón.

MANUEL LLORENTE V.

QUEJAS

Hermosa, luz de mis ojos,
la mejor rosa del valle,
la de la fuente serena,
la del acento süave;
la de mejillas rosadas,
de dientes blancos é iguales;
la de mórbida garganta,
de breve y flexible talle;
la de los labios más rojos
que los más rojos corales;
la de los largos cabellos,
negros como el azabache;
hermosa, la de los ojos
melancólicos y grandes.

Días há que ansioso miro
á tus balcones en balde;
días há que sufro mucho,
sin que mi tormento aplaque
ni la hechicera sonrisa
que ilumina tu semblante,
que envidian la de los cielos
y la del morir la tarde,
ni tu acento que resuena
en mi alma suspirante,
ni las palabras dulcísimas
de esa tu boca de arcángel.
En vano miro á tus rejillas
y paseo por tu calle:
¿dónde estás, luz de mis ojos?
¿por qué á tu reja no sales?
Acaso sola en tu estancia
en lágrimas te deshaces,
y de mis promesas dudes,
y entre suspiros me llames,
miéstras yo, triste, muy triste,
te invoco con voz amante...

Y entre tanto yo agonizo,
créelo, rosa del valle,
la del trenzado cabello,
negro como el azabache;
hermosa, la de los ojos
melancólicos y grandes.

R. VEGA ARMENTERO.

REVISTA EXTRANJERA

Dos viajes á España á cincuenta años de distancia.

Entre las descripciones de España debidas á extran-
jeros, es muy notable la que publicó Mr. A. L. A. Féé,
farmacéutico militar en la guerra de la Independencia,

que después de 1850 volvió á nuestra patria. El autor
herborizó y formó colecciones de plantas; estudió
nuestro idioma aún en los refranes, calificándolo del
más fecundo de Europa en enérgicas interjecciones
(*jurons*); estudió el lenguaje que en sus pregones usan
los vendedores y en su oficio los conductores de dili-
gencias. Describiendo á Burgos, dice que las navajas
de los barberos tienen espesor de un centímetro y
peso de medio kilogramo. Es notable la descripción de
Castilla la Vieja: «Donde no hay árboles no puede ha-
ber pájaros, ni donde faltan arbustos, esas delicadas
plantas que gustan de abrigarse á la sombra. Hasta
las viñas del llano están tristes, postrados por tierra
los ramos, sin los dones que pudieran proporcionarles
el aire y la luz. Sólo encantando nuestras miradas se
abre nuestro espíritu á la naturaleza. El desierto tiene
su poesía; la llanura castellana no la tiene. La alondra
que ha de atravesar Castilla debe llevar consigo el
grano.» Contra el Dos de Mayo, que llama subleva-
ción de los madrileños, y contra Daoiz y Velarde, á
quienes considera iguales á otros muchos que murie-
ron por la patria; contra el cuadro del hambre, del
Museo de Pinturas, y la inscripción de la Puerta de
Toledo, en que se habla de usurpación francesa, des-
pués de la restauración de Fernando VII, son nota-
bles, aunque no siempre exactas, las apreciaciones.
Observa Féé que algunas plantas de las orillas del Man-
zanares son de las que crecen á las del mar; llama de
Felipe II la estatua de Felipe IV. Debiendo tener
Madrid, dice Féé, un invierno como el de Nápoles, lo
tiene más rigoroso que Angers y Nantes. Para expli-
car el carácter cruel que atribuye á los españoles, dice
que por España pasa el paralelo 40°, que también pasa
por Cerdeña, Calabria y el Bajalato de Janina. Admi-
ra el autor, como todos, la fecundidad de Lope de
Vega, y dice que, suponiéndole autor de 21 millones
de versos, formarían sus obras 1.750 tomos en 8.º, de
400 páginas á 30 líneas, infinitamente más escritos
que los que se deben á Eugenio Sué, Alejandro Du-
mas y Jorge Sand. A pesar del juicio ya citado de los
españoles, dice que España ha producido en Las Casas
y en el misionero Pedro Claver dos hombres de cora-
zón de oro.

El análisis y comparación de las descripciones de
España por los extranjeros sería una obra, entre las
aún no emprendidas, de las más instructivas y dignas
de bien cortada pluma.

Varias noticias de Europa.

Créese que el primer periódico ruso fué publicado
para el uso de Alejo Michaelowich, y que desde 1621
á 1701 se llamó las *Noticias Corrientes*: el Czar Pedro
el Grande lo convirtió ya en periódico oficial en 17 de
Diciembre de 1702. En 2 de Enero de 1703 se conoció
ya la *Gaceta de Moskow*, tirándose 1.000 ejemplares:
en 1727 se encargó á la Academia de Ciencias, llá-
mándose *Gaceta de San Petersburgo* desde el 2 de
Enero de 1728.

Ha fallecido el Lord *espiritual* John Jackson, que
desde 1869 era Obispo anglicano de Londres, ocupan-
do en esta cronología el número 107.

La influencia francesa, hoy preponderante en cier-
tas regiones del Asia, ha producido la abolición de la
esclavitud en el Cambodge, dándose no sólo libertad
á los antiguos esclavos, sino prohibiéndose hacer otros
nuevos por razón de deudas y de crímenes.

En el jardín de aclimatación de París las aves con-
sumen anualmente 10.000 pesos de granos; y en plu-
mas, huevos y pollos gana el establecimiento al año
23.000 pesos. Esto sí que es conseguir el *utile dulci*; el
progreso de la ciencia y la ganancia.

En las Memorias en que el Vizconde Gazenolz de
Tuidonne describe su *Viaje á España*, citadas por *El
Liberal de Bogotá*, en artículo firmado por D. José
González de Tejada, se lee una acerba crítica de nues-
tra Academia Española, de la que se dice: «que no se
le da un ardite de lo que hablan el vulgo y los litera-
tos; que su biblioteca es privada; que compra pocos
libros y que en sus reuniones jamás se habla sino de
los autores de siglos pasados.»

En Colonia, al recibir al Emperador de Alemania,
se formó un grupo de mujeres hermosas que, según
los periodistas alemanes, recuerdan la recepción de
Carlos V en Amberes, pintada por Makart, en la que
se dice que salieron á recibir al Emperador mujeres
bellísimas y completamente desnudas.

La Reforma, periódico protestante de Oporto, pu-